

HOMENAJE A ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

*gabriel vargas lozano**

La muerte empequeñece o engrandece a los seres humanos. Durante la vida las personas pueden recibir muchos reconocimientos, algunos, producto de un reconocimiento auténtico de su aportación y otros, inducidos por razones ajenas. Hegel tuvo reconocimiento durante su vida y, sin embargo, a su muerte fue combatido hasta convertirlo, como escribió Marx en el postfacio a la segunda edición alemana de *El capital*, en “un perro muerto”. A Hegel lo enterraron en una sencilla tumba de Dortheenstadt. Otro ejemplo contrastante es el de Giovanni Gentile y Benedetto Croce durante el fascismo. Gentile recibió todos los honores y sus obras se exhibían en los escaparates de las librerías, en cambio Croce sufrió la exclusión fascista, aunque la posteridad lo premió. ¿Quién se acuerda hoy de Gentile? Sartre fue combatido durante su vida, aunque también admirado por su obra literaria, su pensamiento filosófico y su actitud comprometida con la humanidad. A su muerte, una multitud de 20 000 personas lo acompañó hasta su descanso final en Montparnasse. En fin, algunos son menospreciados en vida y otros justipreciados.

Sánchez Vázquez llegó a México exiliado y pobre, con una enorme pena a costas como lo fueron la derrota de la guerra civil y el exilio. Esa pena se fue prolongando mientras más pasaba el tiempo y veía que los esfuerzos de la oposición en contra del franquismo eran inútiles. Sobre su posición existencial dejó el magistral texto denominado “Cuando el exilio permanece y dura” y que se publicó con otros textos similares en un libro titulado *¡Exilio! El exilio* —decía

Sánchez Vázquez— es “un desgarrón”, una herida que no cierra; una puerta que parece abrirse y nunca se abre.

Llegó a México con la idea de volver pronto para combatir al fascismo que se había apoderado de su patria y tuvo que luchar en la nuestra para lograrse un lugar propio. Fue por ello que trabajó como guionista, traductor, profesor, cuidador de los niños de Morelia y con un gran esfuerzo logró ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para estudiar literatura española y luego filosofía. La Facultad fue una casa donde escribió sus obras, impartió clases, participó con sus alumnos en el movimiento estudiantil de 1968; luchó por la sindicalización del magisterio y fue la madre nutricia que no abandonó y recogerá parte de sus cenizas. Sus restos podían haber sido trasladados a España, a la que tampoco renunció como patria de origen, pero prefirió que sus restos se quedaran en su patria de destino. Es por ello que considero que su obra es parte indeleble de nuestra filosofía como lo es de la filosofía hispanoamericana y mundial.

Se ha hablado ya en otros homenajes de su evolución. Tuve el privilegio de ser uno de sus discípulos y de presentar muchas de sus obras. Pero más que reflexionar sobre la evolución de su obra, quisiera expresar en esta oportunidad algo que, para mí, constituye un ejemplo: por su edad, por las circunstancias que atravesó la historia del mundo en los años treinta, cuarenta y cincuenta, años de angustia y desesperación por la segunda guerra mundial, pero también de respiro cuando triunfaron los aliados frente al nazismo, Stalin quedó

convertido en “el héroe” (artículo “Un héroe kafkiano: José K”) de la lucha antifascista y el depositario equívoco de la esperanza; sin embargo, a partir del “Informe secreto” de Krushov en el XX Congreso del PCUS, el maestro Sánchez Vázquez inicia un largo proceso de crítica al estalinismo.

Esta crítica tiene su primera manifestación en 1965 con *Las ideas estéticas de Marx* y luego con la *Antología de estética y marxismo*, donde Sánchez Vázquez demuestra que la estética del realismo socialista no era la concepción de Marx y menos la de una estética creativa. Pero en 1967 da un paso más: recusa al materialismo dialéctico de factura soviética y apuntala la tesis que conformó su propia concepción original extraída de Marx: la *filosofía de la praxis*. Dos años centrales, 1965 y 1967, le permitieron ingresar a una etapa madura de su pensamiento. Pero todavía quedará un gran obstáculo: un enorme y complejo problema que tiene que ser despejado en varios aspectos y sobre el cual dará un paso muy aventurado: la tesis de que él ha llamado “socialismo realmente existente” (es decir, como consideraba Suslov, “el único que pudimos construir de acuerdo a las condiciones históricas”) no era realmente una sociedad socialista en el sentido marxiano del término. Expuso esta tesis, producto de un esfuerzo crítico profundo, sin renunciar al marxismo ni al socialismo y, por el contrario, afirmando el valor del pensamiento de Marx y de muchos marxistas críticos. En otras palabras: mientras muchos aprovecharon el derrumbe para renunciar al ideal de un socialismo democrático, Sánchez Vázquez se deslindó tanto del capitalismo (en sus diversas versiones) como de la socialdemocracia actual.

Como se sabe, desde los años ochenta, el sistema adoptó la estrategia neoliberal que es la expresión más profunda de la deshumanización y que exigió ponerse a su servicio. Sánchez Vázquez realizó una

triple operación: mantuvo la crítica al capitalismo, no aceptó la vía socialdemócrata o reformista y criticó profundamente a aquellos países que se ostentaban como socialistas, incluyendo un valiente texto sobre Cuba, pronunciado en Cuba y en el que expone que ese país había adoptado el modelo soviético pero que, al mismo tiempo, había tenido una serie de expresiones originales y propiamente latinoamericanas. A raíz de su muerte, los filósofos cubanos hicieron llegar, a través mío, una carta a la comunidad filosófica de México, en la que decían, entre otras cosas: “Sánchez Vázquez supo ver más lejos que nosotros”.¹

En efecto, romper con la ideología; romper con el *dictum* de que aquellos países eran realmente socialistas no era fácil; se requería un gran esfuerzo crítico y autocrítico. Éste es, desde mi punto de vista y más allá de otras cualidades, un ejemplo de honestidad intelectual del maestro Sánchez Vázquez: vencer la ideología dominante en la izquierda y decir lo que consideraba a partir de una reflexión crítica.

Pero se pueden mencionar otros ejemplos. Uno de ellos podría ser llamado “la persistencia teórica”. En nuestros países, que vivieron trescientos años de colonia, persiste un síndrome neocolonial que implica la dependencia teórica de las corrientes dominantes en Europa. A mi juicio, nadie que haya profundizado en forma creativa en una corriente filosófica, podría cambiar de concepción, de la noche a la mañana y sin un profundo razonamiento crítico y autocrítico. Lo que ocurrió tras el derrumbe del llamado “socialismo real” fue una adecuación vergonzosa al neoliberalismo, sin embargo, diversos filósofos, científicos sociales o intelectuales se negaron a aceptar la identidad entre el pensamiento original de Marx y el marxismo soviético o entre el marxismo crítico y creativo y una versión dogmática y empobrecedora. Sólo

la ignorancia o la mala fe pudieron sostener tamaña identificación. Sánchez Vázquez no abandonó al marxismo pero tampoco la crítica a este paradigma reconociendo sus alcances, sus límites y sus problemas. Así, en el acto que organizaron varias asociaciones y partidos a partir de la iniciativa de la revista *Dialéctica* con motivo del centenario de la muerte de Marx, Sánchez Vázquez habló de un Marx crítico del capitalismo pero también de un Marx que encontró límites históricos y teóricos para muchos de sus planteamientos, como lo fue el caso de la prioridad de la clase obrera industrial como palanca del cambio y la ampliación de las luchas sociales en relación con los derechos de la mujer, de los indígenas, de las razas oprimidas, etcétera. Para Sánchez Vázquez, el marxismo era crítica de lo existente, conocimiento de lo real, propuesta de una sociedad alternativa, autocrítica y también una utopía perfilada en sentido positivo, como lo planteó en su libro titulado *Del socialismo científico al socialismo utópico*, que tuvo su origen en un importante coloquio que se llevó a cabo en un curso de verano organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en 1970, en el que participaron, entre otros, Edgar Morin, Lucio Colletti, Leszek Kolakowsky, Herbert Marcuse y otros.²

Pero el ejemplo filosófico y político de Sánchez Vázquez no se queda allí. Abordó temas y problemas que en el marxismo no habían sido estudiados suficientemente, como la ética. En sus conferencias sobre ética y política en la Facultad de Filosofía y Letras, que después fueron publicadas en uno de sus libros, desarrolla una concepción cuyos antecedentes se hallan en otros textos.

Otro ejemplo es su generosidad al hacer comentarios de reconocimiento a las obras de sus maestros, colegas y discípulos, entre los que figuraron, Joaquín Xirau, Eli de

Gortari, Manuel Sacristán, Leopoldo Zea, Eduardo Nicol, Carlos Pereyra, Alejandro Rossi, Luis Villoro (con quien mantuvo una larga y fructífera polémica) y otros. En ellos busca siempre, con honestidad sus aportes y señala sus críticas.

Pero también habrá que mencionar toda una veta literaria que mantuvo desde siempre y que implica la crítica de autores como Valle Inclán, Unamuno y García Lorca, José Revueltas y Jaime Labastida. En su último libro, *Incursiones literarias*, que alcanza un volumen de 510 páginas, rinde homenaje a sus amigos Emilio Prados, Juan Rejano, Juan Marinello e incluye textos sobre jóvenes creadores. Su texto sobre Juan Rejano, amigo entrañable que muere antes de poder regresar a España, es cálido y a ratos jocoso, como cuando narra que recién llegados a Veracruz y paseando por el muelle, un veracruzano con su mujer e hijos le dijo a Rejano:

—¿Qué?, ¿no me haría usted el favor de venir a comer con nosotros a su casa?

Y Rejano, sorprendido y confuso, respondió:

—¿A la mía? ¡Si yo soy un triste refugiado, sin patria, sin hogar y sin una moneda!³

Sánchez Vázquez agrega que: “Los pocos días que estuvimos en Veracruz nos sentíamos felices, pese a los bolsillos vacíos y a la incertidumbre y la nostalgia”.

Después de muchos años y tras la muerte de Franco, llegó al fin la democracia a España. Sánchez Vázquez declaró que consideraba que el exilio había terminado objetivamente.

Los exiliados españoles habían sido tratados, en España, como traidores y su obra había sido pasada al silencio. No hace mucho conocí una enciclopedia española electrónica en la que no aparecía José Gaos,

sin embargo, ahora ya han sido publicadas diversas obras en las que se reconoce la aportación de los filósofos exiliados o transterrados, como decía Gaos y objetaba Sánchez Vázquez.

Fue por ello que el primer acto de reconocimiento fue el doctorado *honoris causa* que se le otorgó en Cádiz y los reconocimientos posteriores en Málaga y Algeciras. Esto quiere decir que Sánchez Vázquez tuvo la fortuna de ser reconocido en su propia tierra.

Cuando fue investido por la UNED en 1993 con el doctorado *honoris causa*, Sánchez Vázquez planteó en su discurso de aceptación una pregunta crucial: “¿Qué significa filosofar?”

Sánchez Vázquez se refiere a Kant cuando dice que no se enseña filosofía, sino a filosofar, poniendo el acento en la actividad reflexiva y racional. Pero inspirándose en Gaos, que llegaba a decir que cada filósofo tenía una visión propia y original del mundo, y expone las vías de su filosofar: el acceso desde una práctica poética y política a la reflexión en torno a la estética, la ética, la filosofía. Su crítica al marxismo institucionalizado que hemos referido y su propuesta de la filosofía de la praxis como el significado profundo, complejo de la filosofía en Marx. Una reflexión que tiene presentes las necesidades sociales e históricas y la búsqueda de su transformación.

“¿Por qué empeñarse en esa transformación y no dejar las cosas como están? Porque este mundo que nos ha tocado vivir es profundamente injusto”. Así que el filosofar para Sánchez Vázquez implica una opción moral y política. Su respuesta es filosofar significa para él “cierta relación con un mundo que no nos satisface y, con ella, la aspiración, el ideal o la utopía de su transformación”. Por su naturaleza teórica, esa función no cambia nada pero eleva la conciencia de la transformación. Toda filosofía

tiene efectos prácticos, pero “lo distintivo de Marx es que pone en primer plano esa finalidad práctica, vital, que conlleva el imperativo moral de transformar el mundo”.⁴

“Protagonista activo y testigo crítico de las experiencias históricas, políticas y culturales más apasionantes del siglo xx”, como dice Manuel Aznar Soler, autor del estudio introductorio, al libro *Incursiones literarias*. Logró una gran hazaña: mantenerse erguido frente al huracán del derrumbe y no sucumbir a su acción destructora. Logró también una obra que fue reconocida en vida y lo está siendo después de su muerte. Una historia bien conformada y ausente hasta la actualidad, sobre el pensamiento filosófico mexicano, latinoamericano e hispanoamericano, permitirá ubicarlo correctamente en todo el entramado problemático de la segunda mitad del siglo xx y lo que va del XXI, pero no tengo duda en que será considerado como uno de los grandes pensadores que ha dado México a la filosofía mundial.

Toluca, Estado de México, 2011

(*) Profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-I. Fundador y co-director de la revista *dialéctica* de la BUAP. Co-autor con Juliana González y Carlos Pereyra, del libro colectivo, *Praxis y filosofía*. Ed. Grijalbo, México, 1985 y G. Vargas Lozano (ed.) En torno a la obra de Adolfo Sánchez Vázquez (Filosofía, Ética, Estética y Política) UNAM, México, 1995.

Notas

- ¹ El texto completo se publicó en la revista *Fialéctica*, núm. 43, primavera-verano de 2011.
- ² Publicado primero en el libro *Crítica de la utopía*, México, UNAM, 1971 y luego, en forma independiente, en Editorial Era, México, 1975.
- ³ Adolfo Sánchez Vázquez, *Incursiones literarias*, México, UNAM, 2009, p. 447.
- ⁴ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía y circunstancias*. Ed. Anthropos, Madrid, p. 420